

TERCERA PARTE.

Desde que Teresa de Jesus, hermanos míos, da principio á su vasta carrera, comprende mui bien lo que debe practicar para poner de asiento una caridad perfecta en su corazon, y columbra las elevadas cumbres hasta donde la es necesario subir á fin de estar en la intimidad mas estreha y en el mas feliz concierto con el Dueño único de todo su sér. Sondéa, cuanto es dado á la penetracion humana, la profundidad aterradora de esa sentencia que reduce tanto el número de los escogidos; porque sabe mui bien que no se incluyen aquí sino aquellos que muestran en su frente la Cruz, no solo para indicar la sociedad cristiana á que pertenecen, sino tambien para dar á entender que á su tránsito por el mundo llevaron siempre consigo la carga que Jesucristo les impuso, con el fin de que fuesen sus imitadores y pudiesen tambien participar de su reino. Abrese pues á la vista de esta vírgen un vasto piélago de peligros que debe atravesar por entre escollos al trueno espantoso de continuas tempestades, donde habrá pocos momentos de calma, y donde será preciso abrirse con una mano el paso para no sucumbir en los escollos exteriores, y asegurar con la otra las agitaciones incesantes, las zozobras frecuentes y las no interrumpidas alarmas, que se levantarán repetidas veces en lo mas profundo del espíritu. Pero no temáis que se retraiga de su intento á la vista de este mar de tribulaciones futuras. San Gregorio le habia enseñado que á los grandes goces no se llega sino por grandes trabajos, y que no hai motivo de temor al entrar en tan penosa lucha con todos los enemigos conjurados contra nuestra eterna felicidad, cuando el corazon ya presente, digámoslo así, las futuras delicias cifradas en la recompensa que reserva para el vencedor el Supremo Juez de esta generosa contienda. Sabe que no hai peso insoportable para el que puede incorporar en sus fuerzas las fuerzas de la gracia, ni aspereza ninguna para el amor, que todo lo encuentra suave á trueque de ganar la voluntad y el afecto de aquel Sér á quien está consagrado; que aquella gracia es de quien la pide, y este amor de quien le estima y desea; que la oracion es un comercio activo entre el cielo y la tierra, una comunicacion íntima entre el alma y su Dios; que se acrisola como el oro en la humildad, al paso que la humildad se engrandece con la oracion, haciénd-

donos cada dia mas atentos á nuestra nada para despreciarnos á nosotros mismos, y mas instruidos en Dios para consagrar á Su Magestar cuanto pensamos y sentimos, cuanto practicamos y cuanto somos.

Ved pues cómo Teresa, partiendo de la humildad y caminando por la oracion, recoge en su tránsito las virtudes todas, y hace en sí misma una dulce experiencia de esa suavidad nunca bastante encarecida, que no tienen la dicha de sentir sino únicamente aquellos que, sin reserva y con absoluta docilidad, han inclinado su frente humilde para recibir el yugo de Jesucristo.

¡Qué materia tan amplia, católicos, es la carrera de las virtudes para dar continuo pábulo á la admiracion, á la piedad y tambien al santo entusiasmo de los deseos! Yo pudiera pintaros cuanto ellas tienen de penoso, para que comprendieseis el heroismo de caridad de esta vírgen, que las practicó en un grado tan sublime; pero mi asunto debe tener un término. Sujeto á elegir entre lo mas oportuno por el tiempo en que hablo, y lo mas conveniente por las ideas dominantes del siglo, correré un velo sobre las asperezas de la Cruz, para que solo percibáis sus atractivos, presintáis sus dulzuras y columbréis por lo ménos sus misteriosos pero inefables encantos.

Por desgracia de la humanidad el indiferentismo ha invadido al Universo, y la tibieza ha llegado á ser una especie de perfeccion moral en las ideas del siglo. Deséchase hoy cuanto no promete goces: la santa oscuridad de la fe no tiene atractivos ya para la razon, tentada y seducida otra vez por la ciencia, ni las virtudes otro aspecto que el retraente de su severidad para un siglo que se complace en llamarse *positivo*, porque ha venido á ser material. Pero, católicos, el esplendor de la verdad eterna no será envuelto para siempre en estas nubes de polvo, y las delicias de la vida contemplativa no deben quedar sepultadas en este fango de toscos deleites, que un mundo grosero se esfuerza por abrir y llenar al rededor de los claustros. ¡Qué dirémos, pues, á este siglo sediento de placeres materiales y orgullosamente desdeñoso de cuanto lleva consigo las humildes exterioridades de la virtud? Oidlo, católicos, escuchad una respuesta perentoria para todas sus necias declamaciones. ¡Quieres luces? Acércate á las almas contemplativas, y quedarás corrido de tu ignorancia y oscuridad. ¡Ambicionas poder? Admira el que desarrollan las almas virtuosas, y sorprende en su oracion el secreto de esa fuerza que, mui á pesar tuyo, á cada paso te rinde y avasalla. ¡Buscas, por último, placeres y delicias? Acrisola en tu criterio la verdad histórica en la vida de Teresa de Jesus, y dime si te resuelves á comparar la continua desazon, el in-

soportable fastidio y la incesante pena de esos que se entregan al ignominioso deleite con que tú les brindas, con esta fruición inefable y constante de contento, de paz y de delicias, que ella siente para sostener sus virtudes, y que menciona para ponderar con lágrimas su infidelidad.

Ved, hermanos míos, lo que á Teresa pasaba en medio de sus tribulaciones y de sus penas, y calculad lo que gozaria cuando viviendo siempre de inefables trasportes, sucumbió por último á la intensidad de su amor. Notad la feliz correspondencia que habia siempre entre sus virtudes y sus goces, y nada tendrá de oscuro la palabra de Jesucristo cuando, invitándonos á su amor y cifrando éste en el cumplimiento pleno de su voluntad, nos asegura que su yugo es suave y su carga ligera. Poseyó Teresa las virtudes en alto grado; pero se hacia notar en ella principalmente la humildad mas profunda y la caridad mas acendrada: gozó tambien de todas las recompensas; pero entre los regalos con que la favorecia de continuo el Señor, sobresalia una luz que la iniciaba en conocimientos mucho mas altos que cuantos podia recoger el talento mas privilegiado y la aplicacion mas incesante y profunda en las producciones mas eminentes de las ciencias, y una comunicacion tan íntima y union tan estrecha con su Divino Esposo, que podia decir á la letra con San Pablo: "Ya no vivo yo, sino que Jesucristo es quien vive en mí."¹

¡Recordáis aquella inalterable paciencia con que sostuvo siempre los combates mas crueles entre las enfermedades mas dolorosas, hasta el extremo de haber pasado ya por muerta y aun haberse abierto su sepulcro? Admirad, empero, al mismo tiempo esa especie de resurreccion con que pareció incorporarse de nuevo en la vida, y esta vida prolongada, contra todas las previsiones de la ciencia, hasta una mui avanzada edad; y no echéis en olvido tampoco aquel predominio soberano que llegó á adquirir sobre la tribulacion, aquellos triunfos sobre sí misma, y aquel ascendiente irresistible y dulce que ponía de su parte á todos los espíritus, que le hacia disponer de todas las influencias, y le ganaba fácilmente los corazones.

¡Qué diré de su celo por la gloria de Dios? Hubiera dado mil veces la vida porque no le faltara en todo el Universo una sola de sus debidas alabanzas, porque no se encontrase un solo ingrato entre los hombres, y por evitar una sola ofensa á su Divina Magestad. No tenia en sus labios otras palabras que las que le dictaba el mas acendrado celo, ni pueden abrirse sus escritos sin inflamarse á cada paso con los toques reiterados de esta ardiente y expansiva virtud.

¹ Ad Gálatas, cap. II, v. 20.

Mas recordad asimismo con cuánta magnificencia, con qué inefable ternura recompensaba el Señor estos bellos triunfos. No contento con ilustrarla y sostenerla de continuo, depura incesantemente su naturaleza, se le acerca, se intima con ella, fija en sí todas sus potencias. Teresa vive, Teresa está en el mundo, es verdad; mas parece no tener de humano sino solo aquello que es indispensable para hacer meritoria su carrera. Embriagada sin cesar con las delicias mas puras, parece pedir una tregua y exclamar con la Esposa de los Cantáres: "Venid á confortarme con las flores, cercadme de frutos, porque me desmayo, me enageno, muero de amor."¹

Nada os diré, católicos, de su caridad para con el prójimo, ni de la inquieta solicitud con que por todas partes le atraía. Era el ángel de la paz: no hablaba nunca sino para hacer sensible su misericordia y su caridad. Aquí reprende con celo; allí reconviene con ternura; allá aconseja con discrecion y con prudencia: unas veces la vemos derramar abundantes lágrimas para partir con sus hermanos las tribulaciones que los aquejan: otras excederse á sí misma, ya para verter el bálsamo de consuelo en el corazon afligido, ya para sacarle á viva fuerza, por explicarme así, del maligno y terrible poder de sus adversarios. Su amor era universal, porque en la inmensa familia de los hombres no habia uno solo por cuya felicidad no formase los mas ardientes votos. Leed y releed su correspondencia, que todos admiran como un monumento de gloria para las letras, pero que nosotros gustamos de ver como la bella crónica de su corazon. ¿Cómo ponderar aquel ascendiente dulce, aquel incomparable poder de insinuacion, aquel atractivo irresistible, aquella facilidad prodigiosa con que todo se le rendía, aquel conjunto de dones, y aquel dominio tan universal sobre los sentimientos? Grandes, pequeños, superiores, súbditos, opulentos, miserables, justos, delincentes: todos vienen aquí á dar un testimonio solemne en favor de la inapreciable riqueza de cualidades excelentes, de prendas felices, de singularísimas gracias con que Dios quiso retribuir á esta vírgen el ciento por uno de tantas virtudes con que daba el lleno al precepto sublime de la caridad universal.

¡Hasta dónde seria necesario caminar, hermanos míos, si quisiésemos seguir paso á paso esta historia ilustre, donde vemos figurar lo mas grande que tiene el corazon cuando le sostiene la gracia, y las obras maestras de virtud con que sorprende al mundo mismo la comunicacion íntima con Dios? Me haria interminable; pero cediendo á la necesidad penosísima de suspender el relato de tantas y tan

¹ Cant., cap. II, v. 5.

heroicas virtudes como resplandecen á porfia en la vida de Teresa, no concluiré mi pobre bosquejo sin deciros siquiera una palabra sobre ese estado de goces que el mundo no comprende, y cuyo maravilloso encanto está escondido en los retretes mas íntimos del Esposo, para no embelesar sino las miradas purísimas de las almas justas, de las almas humildes, de las almas vigilantes que permanecen de pié noche y dia con las lámparas encendidas en la impaciente espera de su venida.

Para despertar fuertemente vuestra atencion, hermanos míos, y fijarla en las maravillas estupendas que voi á referiros, y encadenar deliciosamente vuestras almas en la contemplacion de estas nobles prerogativas con que Dios quiso encumbrar el espíritu de Teresa de Jesus, me bastaria deciros que, en el ejercicio de su oracion, pasó por una carrera dilatadísima de sentimientos excelsos, de extraordinarias y divinas luces, cuyos ínfimos grados bastarian para opacar el esplendor de la inteligencia humana, y dejan mui atrás los esfuerzos mas acendrados que puede hacer el corazon en el órden de la naturaleza. Mas yo quiero descorreros un tanto el misterioso velo, y dejaros traslucir, cuanto es dado á una mirada comun, ese cuadro maravilloso de la correspondencia mística entre Jesucristo y esta vírgen admirable.

Figuráos, católicos, una alma cuyas potencias encadenan los sentidos del cuerpo para recogerse profundamente, y perderse en una sola mirada del espíritu, en el instante rápido en que Dios se le manifiesta entre las radiantes nubes de la fe; una alma que mira reducidas á polvo todas las grandezas humanas y ve reconcentrarse en la imperceptible extension de un átomo el inmenso cuadro del Universo; y decidme: ¿qué mas se necesita para perder el sabor de cuanto es humano y la solicitud por los triunfos del ingenio? Sin embargo, Teresa con esto recibe apénas, como lo vais á ver, la primera caricia de su Dueño. Fuertemente impelida por este favor celestial, deplorando mas y mas su miseria, acrisolando incesantemente su humildad y su amor, advierte cómo á su vista embelesada, que se fija en solo Dios con los ojos del espíritu, sucede tal suspension de todas sus potencias, que parece no quedarles ya sino la dichosa posibilidad del amor. ¡Silencio profundo, interrumpido solo por la voz de paz que ereia escuchar el profeta Simeon á la vista del Niño-Redentor, á quien tenia en sus brazos! ¡Momento feliz, que no habia de pasar sino para producir despues sus primeros frutos en esa quietud absoluta, en ese dulce y suave reposo, que naciendo de lo mas íntimo y profundo del alma por el sentimiento inequívoco de hallarse junto á Dios arrobada en su divina presencia, incapaz de per-

manecer limitada á lo mui interior del espíritu, le ocupa todo, haciéndose visible y aun palpable en todas las potencias y hasta en los sentidos del cuerpo.

No se estacionará Teresa en esta situacion, que ya la encumbra tanto sobre la naturaleza humana. La oracion del justo sube como el incienso hasta penetrar en el Trono del Dios vivo; y esta vírgen, despues de verse regalada en toda su parte sensible con aquellos nobles impulsos de su amor, va á depurarle todo en una contemplacion altísima, en una oracion de inconcebible sublimidad, que, deponiendo cuanto el amor tiene de sensible, se reviste de esa fuerza espiritual que el mundo no ha sabido comprender, á pesar de los desengaños que á cada paso recibe, cuando el santo desprecio que de él hace la virtud le inmola generosamente en las aras de la caridad. ¡Gran Dios, cuán magnífico os mostráis para con esas almas queridas, que habiendo tenido la dicha de conoceros, sufririan mil veces la mas dolorosa muerte ántes que tener la desgracia de dejaros! Católicos, ¿dónde está el deleite, dónde el tesoro, dónde la gloria, dónde el sentimiento y el afecto capaces de distraer á esta criatura tan singularmente favorecida, de este suavísimo recreo, que ha venido á colocarla en la santa embriaguez del amor? ¡Ah! las fuerzas se le han agotado: sus ojos se cierran suavemente: parecen faltarle hasta los conocimientos mismos que acaba de adquirir; y en esta deliciosa postracion de todas sus fuerzas, se abandona dulcemente y se duerme sin zozobra en los brazos de su Divino Esposo.

¡Oh momento supremo de holocaustos y de goces! ¡Estos son vuestros instantes, oh Dios mio! ¡instantes que rápidamente pasan mientras se hace la travesía por este valle de lágrimas, y de los cuales no sale vuestra esposa sino para experimentar un incremento nuevo de inquietud y de agitacion, que debia suceder al goce purísimo de vuestra presencia y á la prueba feliz de vuestra inmensidad!

Al sueño del espíritu, sigue, católicos, en Teresa una vigilia dulce y penosamente prolongada; porque toda ella está poseida de las ansias generosas y la sed insaciable de su amor. ¿Qué sería de esta vírgen, si abandonada á tales sentimientos, hubiese de pasar sin tregua por una especie de desolacion? ¡Ah! El Señor, aun cuando concede estas gracias extraordinarias, misteriosamente dispensadas, pues no entran en sus planes generales para la justificacion, y sin ellas pueden llegar á su apogéo todas las virtudes, se complace algunas veces en prodigarlas sin medida, y hasta en observar cierta especie de consecuencia metódica en su liberal distribucion.

Esta sed insaciable, estas ansias inquietas no pueden calmarse

sino por algunos momentos de gozo, que el Señor multiplica, según sus designios, derramando en toda el alma el sentimiento más vivo, el gusto más delicioso de su presencia: ¡sentimiento superior á cuanto son capaces de producir en este género, aun reunidos en un punto y perfectamente concertados, el talento, la razón y los afectos de todos los sabios y de todas las almas sensibles! No parece sino que Dios se hace palpar del espíritu, por explicarme así, dando aquellos toques tan íntimos, tan vivos, pero al mismo tiempo tan inaccesibles á nuestra capacidad, que no tienen significado en ninguna lengua, ni otro punto de apoyo que la fe.

¿Qué resta ya? ¡Almas recogidas, almas fervorosas que entendedis este lenguaje del misterio: venid, contemplad lo que sucede á Teresa en estos momentos solemnes, tan señalados en la historia general de su corazón! A la proximidad tan inmediata de su Divino Esposo nuevos y magníficos tesoros vienen á enriquecerla con la gracia santificante, los hábitos infusos y dones sobrenaturales que recibe. Entonces un amor práctico, íntimo, inexplicable, ocupando todo su ser, la deja íntimamente penetrada de Dios. Ya no siente en sí misma sino solo á Dios: piérdese absoluta y universalmente en Dios. Un paso más, y observad el grado de intensidad, de pureza y simplicidad á que Dios hace subir este sentimiento, poniéndole en un grado tan alto de espiritualidad, que no pudiendo ser percibido ni aun del mismo espíritu que le experimenta, provoca en ella los deseos de que Dios mismo se digne explicarlo todo. Su alma entonces parece liquidarse para ponerse más en Dios; deja de vivir ya, porque Dios es quien vive en ella. Este es el instante en que Teresa comprende por experiencia propia cómo ha podido Dios cifrar sus delicias en estar con los hijos de los hombres. El amor adquiere con esto una maravillosa transformación: entra en una especie de reciprocidad, y forma suavemente en su corazón el dulce voto de una fidelidad eterna. Verificanse entonces aquellas nupcias, aquel desposorio místico, de que nos habla el profeta Oséas, y que San Bernardo ha hecho tan sensible en sus dulces, sentimentales y magníficos comentarios.

Llegando á este punto, el alma de Teresa, sin salir aun de la tierra, se expatría, digámoslo así: deliciosamente enagenada de cuanto no es Dios, se engolfa en ese océano de lo infinito, por donde navegará, sin poderse contener, hasta que sacuda para siempre de sí las ya casi insensibles trabas que todavía la ligan al tiempo. Un género enteramente nuevo de sentimientos y de ideas viene á reemplazar todo lo antiguo: pensamientos de un orden tan elevado, afectos de un carácter tan único ocupan ya la mente de esta santa privi-

legiada, que sería necesario en cierto modo imitarla para comprenderla.

¿Quién pintaría, hermanos míos, con exactitud esa muerte mística de los sentidos externos y aun internos del alma, esa intuición suma que parece aun desprenderse de sí misma para perderse en la contemplación de Dios en su soberana esencia, esos profundos arrobamientos, esos trasportes celestiales y éxtasis divinos, esas revelaciones sobrenaturales, esas hablas internas, esas inspiraciones proféticas, esos pasos por la región inaccesible de los cielos, ese predominio sobre lo íntimo del corazón, esa misteriosa familiaridad y reales conversaciones entre Dios y Teresa? ¡Ah! si para solo referirlo y escucharlo es en cierto modo indispensable encadenar la naturaleza humana, enfrenar los sentidos, vendar á la razón, sellar la inteligencia, y trabajar con pena en adquirir un momento de quietud á fin de llegar á esa contemplación laboriosa, hija de la fatiga, que parece el último esfuerzo de la perfección y el bello ideal de la inteligencia humana; ¿qué será, hermanos míos, para el alma que la ve y experimenta en sí, y que, irresistiblemente impelida por el espíritu de Dios, emprende, prosigue y consuma, llevada sobre las alas de la oración, esta noble y sublime carrera en que las virtudes, desfilando una tras otra, entre el cielo que las contempla y la tierra que las admira, descubren, anuncian y proclaman el concierto feliz de la naturaleza con la gracia, y la unión íntima, constante y sostenida del alma con su Dios? Llegando á estos grados sublimés, hermanos míos, el idioma del Poeta-Rei y el sentido lenguaje de la Esposa de los Cantáres, se escapan á cada instante del corazón y de los labios de Teresa. Ya no tiene palabras sino para encarecer su ventura y ponderar su indignidad, para humillar al mundo y exaltar los triunfos de la gracia.

Me parece, católicos, que haciendo un esfuerzo supremo, para desahogar los sentimientos que le oprimen y explicar los conceptos elevadísimos que le inspira su misteriosa y dulce situación, exclama, llena de ternura y de fe: "Lo que yo estoy hablando es una fidelísima narración de lo que he escuchado, de lo que he sentido, de lo que he visto con mis propios ojos acerca de Dios, y esto es lo que me basta para creerlo: *Credidi propter quod locutus sum*. Cuando levantada sobre la naturaleza física é incorporada en la región eterna de la luz, donde todo aparece como es en sí mismo, he visto con otros ojos todas las cosas que existen, la humanidad no me ha presentado más título de nobleza que Jesucristo; y el patrimonio del hombre, cuando de Dios se desprende, no ha dejado de ser nunca el error y la mentira: *Ego dixi in excessu meo om-*

nis homo mendax. Pero ¡por qué yo tan léjos de la tierra y de los hombres? ¡por qué tan separada de mis sentidos, de mis potencias y de todo mi sér! ¡por qué este recogimiento profundo, este silencio del espíritu, esta muerte á lo sensible, esta intimidad con el Dueño de todas las cosas, estos dones multiplicados, estos trasportes frecuentes, esta union perdurable del amor con el amor! ¡Oh Señor y Dios mio! ¡cuán admirable es vuestro Nombre en toda la tierra! Alma mia, ¡qué retribucion dispones para mostrar de algun modo tu reconocimiento al Dispensador Supremo de tanta grandeza y de tanta gloria! *¿Quid retribuam Domino pro omnibus que retribuit mihi?*

Lo sé, Dios mio; y es dulce para mí comprender y confesar que no hai en mí sino nada. Tuyo es el don; tuya será tambien la retribucion de mi pobre alma. Sí: tomaré en mis manos el precioso cáliz, para apurar mas y mas en vuestro Nombre el duicísimo néctar de vuestro amor: beberé á vuestro Nombre; y este licor delicioso discurrirá por todas mis venas y cambiará mi vida en un fuego inextinguible de caridad: mi vida será siempre tuya; en tu Santo Nombre nacerán y morirán todos mis pensamientos, y este Nombre de bendicion y de salud sostendrá mi vacilante marcha por los caminos de la vida, y me abrirá el paso á vuestra celestial morada cuando haya perdido ya de vista las riberas del tiempo: *Calicem salutaris accipiam, et nomen Domini invocabo.*

¡Oh coloquios dulcísimos de la virtud mas acendrada! ¡Oh santas efusiones del reconocimiento y del amor! ¡Oh Teresa, caro y digno objeto de esta celestial ternura! ¡Cómo te será posible sostener aún la carga de la existencia en esta elevacion incomprensible de sentimientos y en esta no interrumpida serie de celestiales favores? ¡Basta, Señor! ¡La pobre naturaleza ya no es capaz de tanto! ¡Detenéos, y reservad para aquel claro dia que no ha de tener noche manifestaros á vuestros escogidos en toda vuestra magnificencia! Pero no, hermanos míos, aun tenéis que esperar contra la esperanza misma; aun os reserva Teresa el resto de lo maravilloso y divino que se encuentra en su vida interior.

Una de las muchas veces que el Espíritu de Dios la sacó fuera de sí misma, para fijar los ojos de su mente en la pura contemplacion de los objetos divinos, vió venir hácia ella en forma corporal un ángel pequeño de peregrina hermosura, rostro encendido y resplandeciente como el de un Serafin, trayendo en sus manos un dardo de oro en cuya extremidad brillaba un punto de fuego. Acercóse á ella, y la penetró tan profundamente con aquel dardo, que produciendo en su corazon un dolor mui vivo que la hacia prorumpir en gritos, y una suavidad inefablemente deliciosa que radicaba en lo mas íntimo de

su alma el deseo de prolongar eternamente aquella herida de amor divino, sintió consumarse de la manera mas milagrosa la union mística que de tantas maneras hasta entónces habia sentido. Jesucristo la habia dicho ya que ella, como verdadera Esposa suya, celebraria en adelante su honor, porque Su Magestad era todo de Teresa, y desde entónces Teresa seria toda de Jesus.

¡Qué mas os diré? Hable por mí la misma vírgen, y sirva el Profeta-Rei de soberano intérprete al corazon tan singularmente favorecido de Teresa. Parece que ella, como David, invita, para que dé un testimonio brillante de lo que va á decir á su Divino Dueño, á toda Jerusalem, y convida á todas las criaturas para pronunciar sus votos á la faz del Universo: *Vota mea Domino reddam coram omni populo ejus.*

Teresa no puede ocultar ya sus sentimientos ni sus deseos; y desde que ha sentido en sí la suavidad inefable de la union con Dios, desde que le ha consagrado hasta este punto su sér, ya parece arrastrar con pena la existencia; y la muerte se le anuncia en el tránsito feliz de los justos bajo el emblema de la gloria, y la vestidura rica, y los arréos magníficos de la inmortalidad: *Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus.*

Sí, Gran Dios, parece decirle en los trasportes de su amor y gratitud: Tú eres mio, yo soi tuya, no tengo ya otro dueño: los momentos de mi felicidad han llegado, estos momentos de inexplicable gozo en que siento ya desbaratarse mis cadenas, y que ya te dignas empezar á romper los vínculos penosos que me atan á la tierra: *O Domine, quia ego servus tuus. . . . Dirupisti vincula mea!* No viviré mas que para tí: tu Nombre Santo andará siempre de mis labios á mi corazon, y volverá de mi corazon á mis labios: mi vida pasará ya en la meditacion dulcísima de tus singulares favores, y mi ocupacion mas grata, mi única y esclusiva taréa, será inmolarme continuamente en tus altares, alabarte y bendecirte sin cesar! *Tibi sacrificabo hostiam laudis, et nomen Domini invocabo.* Proteged y santificad en este instante ¡oh Dios mio! la promesa que te hago de practicar en lo sucesivo cuanto mas perfecto sea y entienda que mas eficazmente contribuye á exaltar tu gloria y á proeurar tu honor; y este voto, el mas dulce de mi vida, será cumplido, Señor, á la vista de tu pueblo, y se mostrará en los inmensos atrios de tu santo templo, y volverá hácia sí con los ecos augustos de tu ciudad escogida: *Vota mea Domino reddam in conspectu omnis populi ejus, in atris domus Domini, in medio tui, Jerusalem.*

Católicos, la promesa de esta vírgen, despues de haber sido prevenida, quedó aceptada por el Esposo: Teresa no vive ya sino para

la gloria del Señor: el resto de sus días está señalado con una serie no interrumpida de prodigios de amor. Habita ella y recorre las moradas excelsas que imagina y construye; y cuando apenas toca ya la tierra, cuando se ha perdido cerca del trono levantado en la última morada, al mas leve impulso de sus deseos deja para siempre este valle de lágrimas, y se incorpora por toda la eternidad en el insondable piélagó de esplendores y de amor que constituye la recompensa magnífica con que Dios corona el triunfo de las virtudes cristianas.

Tal fué, católicos, la vasta y prodigiosa carrera de esta vírgen durante casi su vida entera; tales y tan inefables las maravillas de su espíritu, inspirado siempre de los cielos en las reservas misteriosas de la oracion; tales, por último, las robustas pruebas en que me he fundado para considerar la oracion como una fuente de luz para la inteligencia, como un elemento de fuerza para la voluptad, y como un manantial de goces incomparables para el espíritu.

Sin haber pasado esta vírgen por las brillantes fatigas de los estudios humanos, ni estado en comercio con los sabios de la tierra, ni pertenecido á las academias, ni recorrido el mundo con la mirada observadora del viajero, ni echado mano absolutamente de ninguno de esos medios que sirven al genio y al talento para desarrollarse y enriquecerse en el siglo, ella recibe una luz incomparablemente mas pura, mas espléndida, que cuantas despide la sola naturaleza; posee una ciencia mas elevada, mas vasta, mas profunda, que todos los conocimientos puramente humanos. Corre su pluma, y despide un esplendor que arroba y enagena á los mas agigantados talentos. Sus escritos son reconocidos en la Iglesia como el depósito de una inspiracion celestial probada en todos los criterios, y nadie vacila en reconocerla como una antorcha de primera magnitud en los espacios de la ciencia de Dios y del espíritu. •

Abrazando la vida religiosa, estrecha mas y mas su recogimiento, enagena del todo su voluntad, renuncia para siempre á las conexiones de la carne y de la sangre, y no busca mas tesoros que la sublime pobreza del Evangelio. Tiene un pensamiento á que no puede renunciar, siente un estímulo que no la deja quietud, se agita en su alma la vastísima empresa de reformar el instituto á que pertenece y establecer muchas fundaciones sobre las bases de esta reforma; contempla las dificultades que le presentan, por una parte las resistencias de una naturaleza mal habituada, y por otra la penuria de un estado donde no hai mas que pobreza: mas nada la contiene, y sus votos quedan felizmente realizados. En la oracion se ilustra, se fortalece y fecunda; en la oracion encuentra un rico de-

pósito de dones y de gracias, que le allanarán todos los caminos, y de hecho, sin otro recurso fundamental, sin otro principio de accion, sin otro elemento para realizar sus planes, se enseñorea de las voluntades, encuentra manos abiertas para secundar sus deseos, reforma su Orden y deja muchos planteles hermosísimos, obra de su espíritu admirable y monumentos imperecederos de su gloria.

Al través de mil vicisitudes por donde camina, logra por fin inmolar en las aras del amor divino su cuerpo y su alma, sus sentidos y sus potencias, sus recuerdos y sus provisiones: no quiere sino solo vivir en Dios: aniquila con su abnegacion cuanto en la naturaleza regala los sentidos, y en el humano pensar embelesa la imaginacion y trasporta el alma. Pero en recompensa de estas multiplicadas inmolaciones recibe con abundancia magnífica tantos y tales obsequios de su Divino Esposo, que parece disfrutar ya desde aquí las primicias de aquellos inefables goces que esperan en la eternidad á los escogidos. La vida interior de esta vírgen, perfectamente depurada en el crisol de la mas severa crítica, es un mundo misterioso de maravillas y de encantos, es un cuadro de todos esos prodigios que parecen exceder á la posibilidad á los ojos de la naturaleza, es una vida de amor: el amor la inicia, el amor la desarrolla, el amor la sostiene, y el amor tambien, tomando dimensiones que traspasan con mucho la capacidad de la pobre naturaleza, la inmola por fin, cuando no pudiendó sufrir ya los límites del espacio y del tiempo, se lanza impaciente, llevándola consigo, en el seno de la eternidad.

Teresa se escapa de la vida para volar á su Dios, se incorpora dentro de los muros de la ciudad eterna con sus dichosos habitantes; pero entre tanto la tierra, testigo de los mayores prodigios, parece honrada todavia con su presencia. No son para minuciosamente referidos en un breve discurso aquellos milagros estupendos que obró el Señor á fin de honrar la memoria de una esposa tan querida, ni para bien ponderados los tributos que la piedad, la admiracion y el amor han ofrecido y ofrecen sin cesar al esclarecido nombre de Teresa de Jesus. Ella vive en el corazon de todas sus hijas: su vida es un código que estudian y se empeñan por observar todas las almas consagradas al ejercicio de la virtud, principalmente en la vida religiosa: sus escritos recorren el mundo, despidiendo por todas partes los reflejos de la ciencia divina: su espíritu es la personificacion magnífica de una religiosa perfecta. El esplendor de sus virtudes, las dotes sobrenaturales de su espíritu, las manifestaciones repetidas que hizo Dios por su medio de que inmediata y extraordinariamente la asistía, pues ademas de la ciencia infusa, le dió espíritu

profético y poder de milagros y los muchos que se obraron despues de su muerte: todo esto puso un pronto y eficaz estímulo en la santa Iglesia católica para colocar á Teresa de Jesus, por la voz del Vicario de Jesucristo, en la galeria gloriosa de los Santos, exponerla en los altares á la veneracion de los fieles, y coronar de esta suerte una vida llena de virtudes y merecimientos.

¿Quién es capaz de admirar como es debido el pensamiento, la accion, la grandeza y la gloria de esta segunda madre de la familia del Carmelo? ¿Cómo describir las muchas y repetidas escenas que pasaban entre ella y su Dios en las misteriosas reservas de su oracion sublime! ¡Ah! todo traspasa con mucho los límites de nuestra pobre posibilidad. El mejor uso que podemos hacer del pensamiento y la palabra, cuando contemplamos la carrera de esta virgen, es exclamar con arrobamiento: "¡Cuán admirable es el Señor en sus santos!" y el resultado mas feliz á que debemos aspirar en un ejercicio tan piadoso, es adquirir con el gusto de la oracion un estímulo continuo para practicarla, y con su práctica un medio fecundísimo en recursos para la perfeccion y el merecimiento. Todo lo conseguiremos, hermanos míos, si somos fieles en corresponder á las felices inspiraciones que nos prodiga esta virgen con los ejemplos de su vida, é interesamos en favor nuestro su valimiento con el Rey de los reyes, cuando goza ya en el Empíreo el precioso fruto de sus virtudes.

¡Oh Teresa, objeto digno de nuestras alabanzas, de nuestra admiracion y de nuestros cultos! desde esa region divina donde adunas tu voz con las de los ángeles, querubines, principados y potestades del cielo, para entonar al tres veces Santo el Hosana sublime de tu amor, vuelve esa tu mirada tierna sobre esta familia atribulada que lucha con la penosa incertidumbre de su futuro destino, haz que descienda hácia nosotros el torrente de la gracia, y que no se cierre por última vez nuestros ojos, sino para abrirse de nuevo en la patria celestial. AMEN.

PANEGIRICO

DE SAN

VICENTE DE PAUL.

PREDICADO

EN MEXICO EL DIA 19 DE JULIO DE 1860 EN LA IGLESIA
DEL ESPIRITU SANTO.

*Minimus erit in mille, et parvulus in
gentem fortissimum.*

El menor de ellos valdrá por mil, y
el parvulillo por una nacion poderosa.

Is. cap. LX, v. 22.

CATÓLICOS:

Si en el cuadro general que en el mundo presentan, con el esplendor y magnificencia de sus obras, la sabiduría y la virtud, hai una cosa que ponga mas de bulto lo infinito del pensamiento y la accion de Jesucristo Señor nuestro sobre toda la humanidad, es el valor moral que cada uno de sus escogidos representa comparativamente con cuanto de mas heróico y grande, potente y fuerte ostentan los hombres y los siglos. Abrense á nuestra vista las páginas de la historia profana, y en el acto mismo empiezan á desfilar en nuestra presencia esa serie de sabios, de héroes, de potentados, de genios á quienes el siglo apellida grandes, y en cuyo reflejo señala el esplendor de sus glorias diversas. Contemplamos uno por uno esos grandes hechos que mas se aplauden y admiran, esas vicisitudes incontables por donde ha pasado la sociedad impelida juntamente por la ciencia y el poder, esos reinados opulentos y reinados miserables, esas revoluciones memorables que han cambiado tantas veces las opiniones, las costumbres y la faz política de los pueblos; y á la